



# VALLÉS

SEMANARIO DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.  
SEGUNDA ÉPOCA DE "ESTILO"

AÑO IV

GRANOLLERS, 25 de Julio de 1943

NUM. 146



No soy de aquellos que se dejan influir por los acontecimientos, sino todo lo contrario: estoy acostumbrado a dominarlos.  
**FRANCO**

## "Fidelidad al 18 de Julio"

Esta fecha que suena a redoble de generala o de punzante zafarrancho; por encima de las siete anualidades, tiene al margen de su grito guerrero un engendrado proceso de consolidación que se extiende por la paz de los hombres y de los campos. Y también por la vértebra histórica que la enuncia. Porque un cuerpo no palpita sin la pureza de un plasma generador de igual forma que una unidad avanza hacia su destino cuando el impulso lleva una sola dirección. Así, esta fecha nuestra no es nada más ni nada menos que el minuto milagroso de la reencarnación de España—reencarnación absoluta, física y espiritual, humana y doctrinal en el hombre aparecido sorprendentemente y hecho Caudillo y en la docmática heroica de unos precursores que se convierte en estilo de vida y de gobierno. Cualquiera de estos dos hallazgos en que se travasa el genio nacional sobre una pauta de siglos áridos bastaría para demandar una fidelidad absoluta al 18 de julio. Por seguir esta misma línea dialéctica no queremos utilizar la ya gastada técnica de la retroacción, que podría situarnos en el pleno año de 1936 con un paisaje urbano lleno de inquietudes y de vísperas agoreras. Nos importa por el contrario el 18 de julio de hoy y todos los aniversarios por venir. Dedúcese que no nos interesa la fecha simplemente por lo que pueda tener de recordatorio, sino por lo que ella puede aprovecharse para un recuento de inquietudes y de afecciones. Y sobre todo, porque a más de cancelar un año de inmutabilidad ante las incidencias abiertas o solapadas, incide en el mismo período cíclico pero bien de esa corriente generadora, autoctona y circular, que palpita confortada en nuestros cuerpos sociales y en nuestras tierras.

Al lado de la lealtad al Caudillo surge, pues, la lealtad al 18 de julio. Y ya en esta conformidad, cumple señalar que esta lealtad a nuestra cifra bélica y salvadora no se declina al través de un programa de merecimientos más o menos activos o más o menos pasivos, como si, a la postre fuera la fecha—esto es, España en revolución para sí—la única que debiera mantenerse agradecida a la circunstancia personal de una filiación. Por el contrario, demanda aquella ética la promesa de fidelidad al estilo exclusivo, originalmente español y sin querencia al mimetismo, con que fué posible abordar a la España de horas antes del 18 de julio de 1936 y liberarla a fuerza de combates en primera línea y de idénticos aciertos, kilómetros atrás en la ordenación estatal que operaba sobre la nada. Se nos plantea, en consecuencia, la fidelidad al único estilo que hizo posible el 18 de julio, y en el mismo plano a la España que sucesivamente nos abrió como una estrella el camino en las dos guerras más universales de la centuria. La nuestra—que nos da una primogenitura—en orden a la plenitud disgregadora y expansiva del comunismo y la mun-

dial de hoy que nos rodea y nos encela.

Al llegar a estas insoslayables conclusiones de siempre que reverdece las efemérides; el principio de la actual inmutabilidad absoluta se mantiene severa y rabiosamente. El primer 18 de julio no está tan lejos, y todos sabemos que obligó a tanto. La disyuntiva no ofrecía estados intermedios para continuar las fintas y cerraba la era de las piruetas y de las concesiones. Se consumó así una polarización frenética y decisiva. Quien se acercó a cualquiera de los polos supo con toda conciencia que al rebasar aquel lindero extremo y cobijarse en tal actitud a ultranza hacía dejación de sus teorías de minoría, de sus fines políticos de esta o de la otra bandera o de sus pruritos más o menos constitucionales. La escala cromática o el escalonamiento intermedio se difuminaron por inútiles. Porque precisamente por su inutilidad—discernida por la carencia de una solución de tipo heroico—se había llegado a la depauperación nacional. En este resumen, cualquier propósito de oscilación, cualquier tanteo que tienda a menoscar, por la simple iniciativa subterránea, la inmutabilidad afortunada que nos rige, habrá de considerarse como una fórmula bizantina para alejarse de la suma nacional que levantó la salvación del 18 de julio, tanto como un acercamiento a la teoría del extremo derrotado y liquidado; porque el intermedio, en política y geometría, bulle en la equidistancia entre dos puntos. A mayor abundamiento, del 12 de abril a la República, el tiempo y la distancia se midieron apenas por cuarenta y ocho horas.

En los avates políticos la amnesia ha sido siempre no un defecto patológico, sino un pecado de ingratitud. O una postura del mejor esteticismo. Contra nuestro propósito, nos ret. otraemos al 18 de julio de 1936 para recordar que entonces no se ventilaba ningún proceso de sucesión personal o institucional. Se ventilaba—y no porque sea tópico el dilema deja de ser menos cierto—el ser o el no ser. Y nadie ha dicho ahora que la etapa hubiera caducado como caduca una provisionalidad anunciada anticipadamente o un turno de mando con fórmula electorera. En aquellas postreras circunstancias, los grandes hermetos—si tan infalibles exegetas se consideran—habrían sabido hallar, antes de que la sangre se derramara generosamente, una fórmula más... constitucional y menos dolorosa para dar la vuelta taumatúrgica al 14 de abril. Pero no fué así, quizá porque no se trataba de tan liviana ecuación.

Se nos exige, en concordancia, una fidelidad absoluta a esta primera fecha de nuestra resurrección política, en gracia a su fuerza de conjunción y a la exactitud de nuestros juramentos cuando el enemigo batía en nuestro mapa. Despreciar no aquel inicial 18 de julio, que todos amamos, porque la nostalgia y hasta el recuerdo del peligro nos desnudan el alma y la dejan con su sabor primero, sino

EDITORIAL

## FALANGES VIEJAS

*Cuando el 19 de julio de 1936, más de media España se iluminaba con el el resplandor de los incendios provocados por las hordas desbandadas y en el corazón de miles y miles de españoles anidaba una angustia vital que durante tres años borraría las sonrisas y pondría en todas las bocas una mueca de tristeza, las Viejas Falanges aclaradas sus filas por bárbara siega debieron sentir en su dolor, dolor de derrota momentánea y de cautiverio duro, la alegría honda de un amanecer triunfal. La alegría honda de un amanecer triunfal por que, por encima de todas las contingencias de la fortuna, el resplandor de los incendios y el derrapago de los coches asesinos mostraba a la faz de España y del Mundo entero, la verdad de las predicciones falangistas.*

*Aquel puñado de camaradas que hacía años venía preconizado frente a una violencia, otra violencia; frente al mito de la lucha de clases la realidad ineludible de la unidad; contra la traición de los separatismos la fe en España, una en su variedad; aquel puñado de camaradas que unos despreciaban y otros ignoraban, tenía razón.*

*Entre el silencio indiferente u hostil, aquel puñado de hombres cubierto el pecho con la camisa azul y sobre el corazón las flechas yugadas salieron a la calle, al lado del Ejército, a dar a España entera la lección suprema de sus vidas tronchadas en flor. Salieron a morir porque era preciso el sacrificio de unos cuantos para que en España se desarrollase de nuevo la vida ciudadana por cauces de convivencia y de hermandad.*

*De ellos aprendimos a ser falangistas, lo aprendimos mientras el dolor de la Patria atenazaba nuestros corazones y la vergüenza honda de nuestra anterior indiferencia nos hacía sentir el paso inútil de nuestra juventud.*

*Pero aquella lección suprema de la carne y de la sangre ha sido inútil para muchos españoles, ha sido inútil para casi todos aquellos españoles que en las horas largas del cautiverio o de una libertad sin objeto empozoñaban sus corazones con la esperanza de una revancha, con el sueño dorado de una vida física y patrimonial, sin amenazas y sin trabas que les permitiese borrar en pocos días el recuerdo de las incertidumbres y las diferencias de los saldos deudores.*

*En aquellos días que ya no quieren recordar, todos estos españoles hubiesen aceptado como un mal menor cualquiera solución que los hubiese devuelto la tranquilidad; pero cuando el resplandor de la Victoria iluminó el cielo de España, todas las mesquinas pasiones, en turbia marejada, subieron a la superficie y aquella Falange aceptada con los labios y negada en los corazones empezó a sufrir el embate brutal de los egoismos en campañas que han ido sucediéndose de entonces acá sin solución de continuidad, campañas promovidas y dirigidas por hombres hábiles en estos quehaceres de la «polítiquilla» barata que no han vacilado en calumniar vilmente el sacrificio mismo de los que cayeron por la salvación de España.*

*Sin embargo, la Falange de Franco forjada por el Caudillo victorioso, en el espíritu y en el estilo de aquellas Falanges, que supieron salir a la calle en busca de una muerte cierta, tiene arrestos para resistir y vencer todas las campañas, solapadas e infames, aunque estén dirigidos por funámbulos de la política y tiene arrestos para más, para enfrentarse al Mundo con su verdad española y crear, contra unos y contra otros, «revolucionariamente», la vida, justa y humana, que los españoles esperaron en vano durante siglos.*

éste, actual, de ahora, sería tanto como establecer, en nuestros recovecos y en nuestras costuras, un principio de bizantinismo que, tarde o temprano, nos llevaría a los mismos horizontes de la contienda fraterna. Junto a la lealtad a Franco, en que se cobijan todos los españoles, los ganados por el 18 de julio y los ganados por la paz noble de su espada, cumple ofrecer, en esta correlati-

vidad de nuestro calendario, la lealtad a una fecha, que es la fecha de hoy y que ha de ser la fecha de mañana. Y de siempre. La lealtad al 18 de julio. Por la lealtad en sí y por «el honor de la fecundidad en que estriba todo el provechoso fruto» de nuestro Caudillo Franco; como aconsejaría aquel santo varón que se llamó San Isidoro de Sevilla.

(De «El Español»)